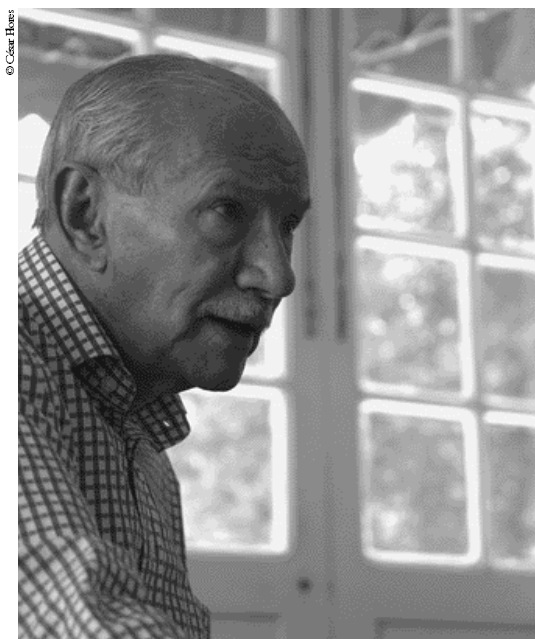


Luz apasionada

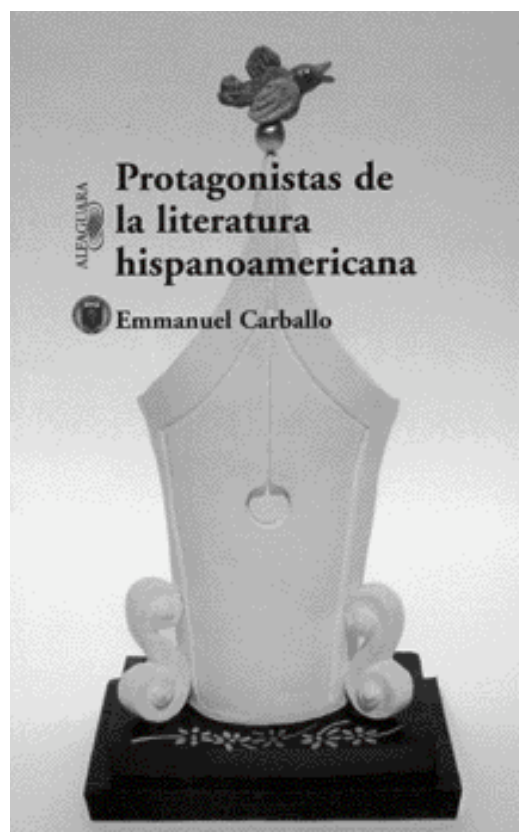
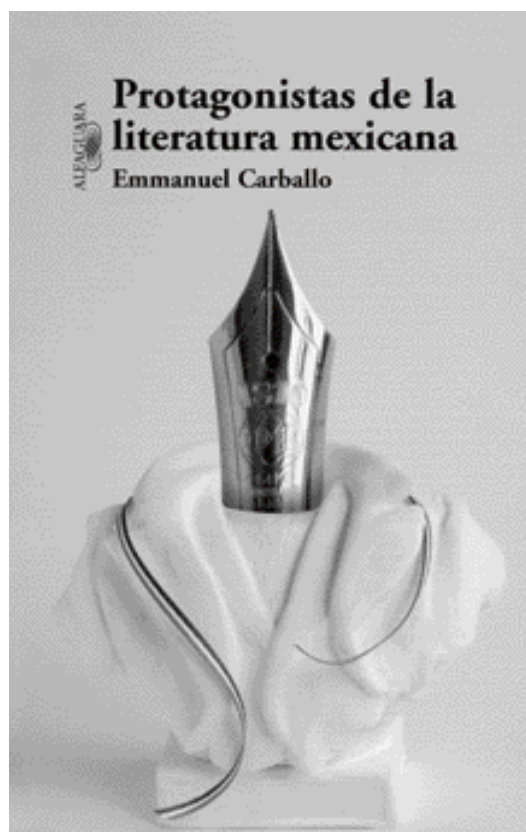
Agustín Monsreal

La crítica literaria es un género que combina las aptitudes del detective y las herramientas del erudito. Emmanuel Carballo es sin lugar a dudas uno de los críticos más importantes de nuestras letras. Protagonistas de la literatura del siglo XX, Notas de un francotirador y El cuento mexicano del siglo XX son libros de referencia, clásicos con los que es preciso dialogar. A medio camino entre la perspectiva del discípulo y del amigo, Agustín Monsreal elabora en este texto un retrato del gran escritor mexicano.



Emmanuel Carballo

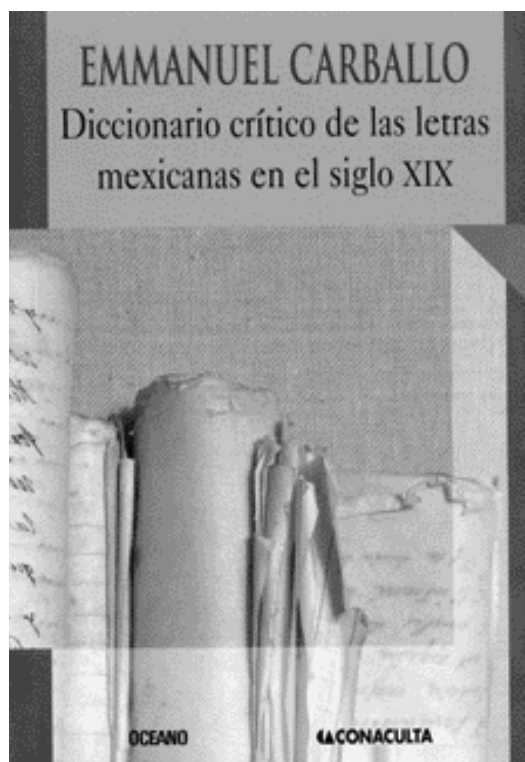
“A doña Tula, de quien aprendí, entre otras cosas, a equivocarme solo”. Esta sabia dedicatoria, que brilla esplendorosa en la monumental antología *El cuento mexicano del siglo XX*, fue el primer contacto que tuve con Emmanuel Carballo, allá por el año 1965, cuando aventuraba yo mis primeros pasos en el camino literario. Aprender a equivocarme solo fue la primera gran lección que recibí de este hombre que aparecía a mis ojos con una doble fama: ser la figura más influyente de la crítica literaria en México y, a la vez, el ogro mayor, el crítico más implacable, el más combativo, el más feroz. En aquellos tiempos apenas me abría paso en el mundo de las letras como lector de pantalón corto, así que el rostro de la ferocidad en lugar de asustarme se me hizo objeto de admiración. Cuando fuera grande, yo quería ser así: el mejor y el más temible. Ignoraba, por un lado, el rumbo que mi destino escogería, y por el otro, toda la disciplina, el inmenso rigor, la disposición de ánimo infatigable, los desvelos, las



emboscadas de la incertidumbre, los quebrantos, y muy por encima de todo, la pasión incondicional, la entrega decidida y absoluta al trabajo que está detrás de una fama de ese tamaño. Parte de mi primera y sustancial educación literaria proviene de esa antología vigorosa, de múltiples excelencias; gracias a ella pude conocer y valorar las raíces profundas, profundísimas de nuestras letras, de nuestra cultura, de su razón de ser y de su poderoso influjo en la vida nacional. Para mi fortuna autodidacta, en esas páginas insustituibles advertí la importancia definitiva de los clásicos, el respeto y no el desdén hacia quienes me precedían; ahí estaban (ahí están aún disfrutando la gloria y la eternidad) dos gigantes que entraron en mi corazón por la puerta principal para no abandonarme jamás: Julio Torri y Efrén Hernández. No pocos de los cuentos presentados en esa obra imprimieron huella perdurable en mí, marcaron de manera irrevocable mi vocación cuentística y me inculcaron una sincera ambición secreta: la de algún día ser incluido en una antología llevada a cabo por Emmanuel Carballo. El acertar o equivocarme solo sigue siendo regla de oro en la conciencia íntima de mi quehacer en los territorios azarosos de la escritura, y el antiguo sueño de figurar con un cuento nacido de la faltriquera de mi alma en una selección hecha por Carballo no se me ha vuelto reali-

dad, pero sí el estar en su libro *Notas de un francotirador*, con un texto escrito por él acerca de mi trabajo cuentístico, lo que representa para mis adentros una dignidad y una deuda impagable.

Este texto se originó en un acto de soberbia de mi parte. Corría el año 1987 y estaba a punto de aparecer *Pájaros de la misma sombra*, volumen que reunía mis dos primeros libros: *Los ángeles enfermos* y *Sueños de segunda mano*. Era ésa una oportunidad dorada para hacer acto de presencia ante Carballo. Yo lo consideraba mi ejemplo a seguir, mi maestro (lo supiera o le importara a él o no). Por un lado estaba aquel prólogo magistral y la extraordinaria compilación de *El cuento mexicano del siglo XX*, por el otro ese monumento inacabablemente revelador que lleva por título *Protagonistas de la literatura mexicana*. En este último se encuentran, de viva voz, con una voz viva para siempre, algunos de los representantes más prominentes de la intelectualidad mexicana; entre ellos sobresalen, con esplendor insuperable, los tres abuelos magníficos de nuestra literatura: Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, a quienes Carballo evidentemente respeta y admira, y de quienes sin duda obtuvo enseñanzas de vida incanjeables. Pero no hay un gramo de desperdicio en ese vasto conjunto de entrevistas, todas son leales, valientes, inoludibles. Y es que tanto en *El cuento*



mexicana. . como en *Protagonistas*. . dos pilares fundamentales, está Carballo de cuerpo entero, ajeno —como él mismo diría— a consignas extrañas a su propia naturaleza, obedeciendo nada más a sus particulares juicios y prejuicios; ahí está su ojo crítico para observar las apariencias y para penetrar sabiamente las esencias; ahí está el Carballo que con toda exactitud pone en práctica lo que piensa y siente, el que con estilo poderoso y vital, con sentido común impecable muestra y demuestra, analiza y expresa su singular visión del mundo, de los acontecimientos, de las ideas, el que se compromete y se rebela, gozosamente libre de conveniencias y convencionalismos, certeramente autónomo en sus entusiasmos, en sus convicciones inflexibles, su sarcasmo implacable, su tenaz independencia de criterio, hondamente insobornable en sus coincidencias y en sus discrepancias ideológicas y estéticas, en sus ape-

gos y distanciamientos, sus propósitos, sus creencias, sus puntos de vista que conforman un absoluto lúcido, congruente, armónico y fecundo, auténticamente inmedible e incuantificable en su frente de combate único, en la pasión de su vida que es la literatura.

Y este Emmanuel Carballo, ni más ni menos, era el que mi audacia, mi orgullo desmedido, pretendía que presentara mi libro *Pájaros de la misma sombra*. Cuando le dije al editor cuál era mi aspiración, se puso nervioso y me preguntó si sabía a lo que le tiraba, que tuviera cuidado, que Carballo me podía hacer pedazos, no dudaba de la calidad de mi trabajo, no, claro, pero sí de lo que pudiese decir Emmanuel, no había que olvidar aquella fama de rudo, de aduana impasable, para qué arriesgarse, bueno, para empezar a ver si aceptaba. Debo confesar que yo tenía más temor de que no aceptara la invitación que a la paliza que pudiese darme, no, a esto no le temía, por el contrario, tenía una genuina confianza en él y en mí, de alguna manera yo me consideraba un autor perteneciente al río de su linaje, de alguna manera sentía que había entre nosotros un cercano parentesco espiritual... Persistí en mi intención, el editor dobló las manos y habló con Emmanuel, Emmanuel aceptó, yo esperé... Y aquella noche de la presentación en la Casa Universitaria del Libro salí algo más que bien librado, si acaso con un chichón breve, pues Emmanuel Carballo resultó un tipo agradable, simpático, de mirada acuciosa, muy memorioso y palabrero, de hablar sin rodeos, de tono un poco estridente, bastante parecido al Emmanuel que se describe a sí mismo “dado a la fantasía, de pasiones obstinadas y maleducado”, y también al *Ciruelo*, personaje suyo de unos versos de juventud que según sus propias palabras, eran cachondos y malhechos. Nada que ver con el ogro intransigente malinventado por seres menores y rencorosos, y sí mucho que ver con el Carballo vital y auténtico que se basta solo para ser quien es en el mundo cultural y en el mundo literario. Ni sus más enconados detractores pueden negar, minimizar o soslayar la verdad de su talento, su lealtad de hombre honrado, inteligente, apto; hombre genuino y generoso con la vida y con la literatura, su frente de combate único, su pasión indivisible a la que labo-

Y este Emmanuel Carballo, ni más ni menos,
era el que mi audacia, mi orgullo desmedido,
pretendía que presentara mi libro
Pájaros de la misma sombra.

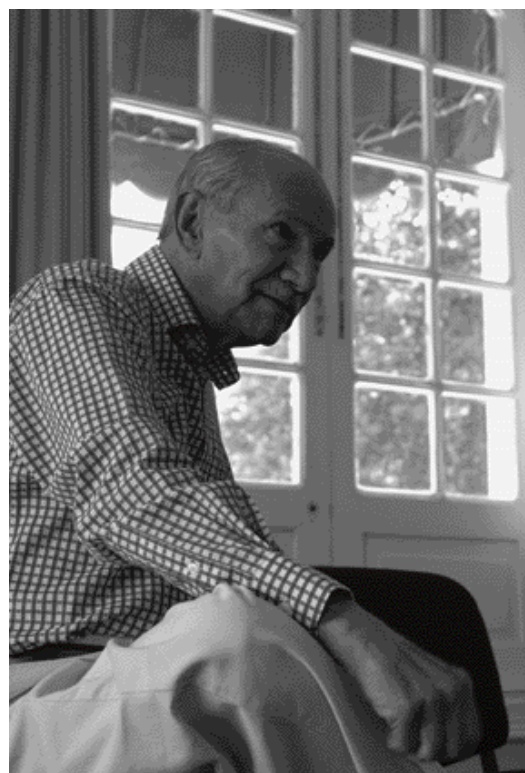
Las relaciones que Carballo establece, tanto en sus ensayos y en sus críticas como en sus entrevistas, son a la vez íntimas y plurales.

riosa y enérgica, rigurosa y monumental, catedraliciamente ha consagrado su existencia. Por lo que a mí respecta (vuelvo a la noche aquella de 1987), tuvo a bien proporcionarle una fuerte dosis de vitamina a mi vocación al escribir un ensayo crítico que sobrepasó mis expectativas y que poco después incluyó en otra de sus aportaciones clave: *Notas de un francotirador*.

En el conjunto de su obra, Emmanuel Carballo realiza contribuciones que nos seducen e invitan permanentemente a ocupar un espacio en la reflexión creativa que en su amplitud inagotable abarca la historia, la cultura, la literatura, la política, codo a codo todas ellas con los escenarios infinitamente abiertos de la imaginación y de la memoria. Las relaciones que establece, tanto en sus ensayos y en sus críticas como en sus entrevistas, son a la vez íntimas y plurales, testimonios agudos y brillantes, no pocas veces inmisericordes, aunque siempre inobjetablemente ciertos. Investigador que irrumpe en mangas de camisa y a voz en cuello en los afanes de la escritura en México y hurga en ellos, en sus raíces, los analiza y los expone sin miramientos, los desnuda en sus verdades y en sus engaños, le arrebató la sábana a los fantasmas de la impostura, los pone en evidencia sin morderse la lengua ni tentarse el corazón, pues la independencia de criterio no se lleva —nunca podrá llevarse— con las complicidades ni con la lástima, pobres armas de quienes vuelan a ras de suelo. Carballo investiga, estudia, aprende y enseña, crea, hace literatura, compromete a fondo su pensamiento, mantiene relaciones estrechas e insobornables con el universo elegido: la literatura. Carballo observa y examina, compara y aísla, relaciona y diferencia teorías, géneros, enfoques, escuelas, historia lejana y cercana, fusiones y posiciones éticas y estéticas, discursos tradicionales y alternativos, miradas directas y oblicuas, todo cae bajo el poder de su lupa, todo se vuelve sensible y lúcido a la luz de su espíritu: un espíritu capaz de abolir fronteras y advertir la supremacía del fuego ahí donde los demás sólo ven cenizas. Carballo transparenta la oscuridad, desvanece los nudos de lo complejo, vuelve sencillo lo complicado, sabe qué palabras usar, porque su conocimiento de la palabra lo autoriza; su voz alerta y desafía, atrae, transmite y encuentra resonancias porque siempre es propuesta, jamás dicción inútil, jamás semilla estéril. Su postura crítica invariablemente honesta lo

coloca en un sitio indiscutible ahí donde se ven las caras y se estrechan las manos sensata, trascendental y metafóricamente la realidad y la ficción. Carballo se adueña del tiempo y con sano juicio va del siglo XIX al XX y hace acto de presencia clásica en el XXI, protagonista y personaje, leyenda viva de la literatura mexicana, en la que tanto tiene que ver y la que tanto le debe.

Machetazo a caballo de espadas, aquí estamos los patos tirándole resorterazos a la escopeta. Por supuesto, habrá que esperar la llegada de un crítico de la talla de Emmanuel Carballo para medir y cuantificar la obra de Emmanuel Carballo, a todas luces la más significativa de la crítica literaria en nuestro país. Por lo pronto, y para cerrar mi participación en este homenaje, diré de Carballo lo que en alguna ocasión él expresó de Vasconcelos: “En todo momento vivió, actuó y escribió en una única dimensión: la de la grandeza —positiva o negativa. Por ello sus aciertos y sus errores son del mismo tamaño: si los mido, veo que corresponden a su estatura”. **||**



© César Reyes